

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM. 76

1 AGOSTO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28, APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PROGRAMA
PARA HOY

EL
TESORO
ENTERRADO

Sensacional!

GRAN CINE



Bob se lleva una sorpresa.

Por un camino estrecho de aldea iba caminando lentamente un automóvil como si el *chauffeur* no conociese bien aquellos sitios.

El camino bordeaba un frondoso bosque separado únicamente por un alto seto, y hacia este bosque era donde el automovilista dirigía sin cesar la mirada. El automovilista era Paddy O'Darrell, el detective que llevaba consigo un hermoso sabueso llamado *Trailer*.

Apostaría a que Wood Grange anda por entre estos árboles —murmuró Paddy—. Debo de haberme perdido, pues no veo la entrada a la casa por ningún sitio. A ver si Bob tiene más suerte cuando venga luego. —¡Hola! ¡Al fin encuentro una puerta! ¡Gracias a Dios!

El detective había llegado a un sitio donde terminaba el seto con un portón que parecía no haberse abierto en muchos años, porque la hierba y la maleza llegaban casi hasta la mitad de su altura, y un letrero que había encima estaba completamente desgastado por el tiempo; acercándose más Paddy pudo ver las letras W O..., lo que le cercioró de que estaba efectivamente en la finca de Wood Grange, aunque en la parte menos frecuentada de ella.

Paró el motor y se apeó, quedando *Trailer* dentro del coche.

—¡No te muevas del coche, *Trailer*. —ordenó Paddy—. El automóvil es tuyo y nadie tiene que tocarlo, ¿entiendes?

Trailer sacudió una oreja para indicar que había comprendido, y observó atentamente a su amo, que fue hasta la puerta y saltó por encima de ella.

Una vez dentro de la finca, Paddy se detuvo a mirar en derredor.

—Ahora vamos a buscar la casa a ver para qué me quiere Mr. Barlow —se dijo Paddy.

Siguió andando, y apenas llevaría andados veinte metros cuando vio pendiente de un árbol una cuerda que tenía un lazo en el extremo.

De entre la maleza salió un crujido que le hizo volverse a mirar; en el mismo momento el lazo cayó alrededor de su cuello, apretándole los brazos contra el cuerpo con fuerza. En seguida sintió que lo levantaban por el aire; pero como tenía los brazos atados no pudo hacer nada por defenderse, y quedó suspendido entre los árboles.

Un poco más tarde, por el camino que conducía a Wood Granges, iba un muchacho joven de ojos brillantes y pelo rubio silbando la última canción en voga; era Bob Smithers, el ayudante de Paddy O'Darrell, que suponía encontrar en la casa a su jefe.

Al volver una curva del camino encontróse frente a una casa rematada por un tejado triangular.

Bob fue directamente a la puerta principal y tocó el timbre. En seguida oyó un cerrojo que se descorría por dentro.

Delante de Bob apareció un hombre viejo que se le quedó mirando atentamente.

—¿Qué buscas aquí, muchacho —le preguntó.
—Usted dispense. ¿No vive aquí el señor Barlow?
—¿Y si vive, qué? —contestó el viejo.
—¿Pero no está aquí Paddy O'Darrell?
—¡No; no está aquí! —gruñó Barlow.
—Pues no tardará en llegar —dijo Bob—. Yo soy el ayudante de él y quizá pueda servirle a usted en algo.
—¡Tú servirme a mí! —gritó Barlow—. Yo he llamado al

detective y no a un chiquillo como tú. ¡Si él no puede hacer más que enviarte a ti, entonces no hay de qué hablar! ¡Vete con Dios! Y sin decir más le dió con la puerta en las narices y volvió a echar el cerrojo.

—No sé qué razones tendrá ese viejo para encerrarse de ese modo. ¡Yo tenía otra idea de la vida en el campo!

Pensando en esto salió a la carretera a esperar a su jefe. Cansado de esperar decidió volver a la casa y llamar otra vez. Llamó y esta vez no le contestaron; volvió a hacerlo repetidas veces, obteniendo el mismo resultado.

Dió unas vueltas alrededor de la casa, a ver si podía atisbar algo del interior; pero las ventanas del piso bajo estaban cerradas herméticamente, y como tenía gran curiosidad por echar una ojeada dentro de la casa, se lanzó a trepar por la hiedra que cubría parte de un lado de la pared suponiendo que soportaría su peso. Con bastante trabajo llegó hasta la altura de una de las ventanas del piso de arriba y miró por uno de los cristales.

Aquella ventana daba a un pasillo, al extremo del cual terminaba una escalera. En aquel momento subía por ella un hombre que siguió andando por el pasillo. Llevaba un sombrero muy calado y una barra de hierro en la mano. Detrás de él apareció otro hombre, de aspecto igualmente misterioso, que también llevaba en la mano una herramienta, algo así como un azadón, y, ¡cosa extraña!, ninguno de aquellos dos hombres era Barlow.

Detuviéronse junto a la escalera y uno de ellos señaló el pasillo, por el cual echaron a andar; pero cuando venían hacia la mitad de él, sucedió un desgraciado accidente: las ramas de hiedra en que se apoyaba Bob se desprendieron y el muchacho cayó al suelo. Se hubiera dado un buen golpe a no ser porque tuvo la precaución de agarrarse a la parte más baja de la hiedra, que aunque no le evitó

la caída, le paró muchísimo el golpe. En el momento de caer sintió un ladrido.

—¡Es *Trailer*! —se dijo, echando a andar en la dirección de donde le parecía venían los aullidos salvadores.

Corrió como una liebre por el camino de coches y a poco sintió otro gáñido del perro. Entonces tomó el sendero del bosque a través de las enmarañadas zarzas, llegando, sin explicárselo el mismo, junto al portón. Miró por encima de él y... ¡allí estaba el automóvil y *Trailer* sentado dentro! El perro miraba con fiera a un policía que se paseaba delante del automóvil tomando notas en un cuaderno.

Bob saltó por encima del portón, y al verlo *Trailer* empezó a menear la cola.

—¿Es de usted este coche? —preguntó el policía.
—Precisamente mío no, señor; pero es como si lo fuera.
—Entonces dígame usted quién es el dueño de él para ponerle una multa, porque lleva parado aquí más de una hora y en esta parroquia está prohibido dejar los coches solos, durante tanto tiempo.

PARA OBTENER UN AUTO CITROEN Y OTRAS MARAVILLAS

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en este mismo número.



Unos intrusos extraños.

Bob se quedó mirando al policía con el mayor asombro. ¡Luego Paddy había llegado ya! ¡Y a juzgar por lo que decía el policía, había venido antes que él! ¿Dónde estaba entonces y qué le había sucedido?

—¡Escuche usted, guardia! —dijo Bob—. Aquí hay más misterio de lo que parece a primera vista. Este automóvil pertenece a Paddy O'Darrell, detective, de quien usted habrá oído hablar seguramente. Yo soy el ayudante de Paddy O'Darrell y creo que le ha ocurrido algo a mi jefe. Necesito que usted me ayude a descubrirlo.

—Pues bien: ¿qué quiere usted que yo haga por su jefe? ¿Quiere usted que grite pidiendo socorro?

—El gritar no nos serviría de nada ahora; por el momento recurriremos al perro. ¡Aquí, Trailer! —le gritó.

Trailer saltó del asiento y fué hasta el muchacho.

—¡Busca al amo! ¡Vamos! ¡Anda, Trailer!

Al hablar al perro, Bob agitaba los brazos y el perro parecía comprender lo que le decía.

Pegó la nariz al suelo y fué olfateándolo hasta la puerta; la olió también y saltó por encima de ella. Bob y el policía hicieron lo mismo.

Siguieron los dos al sabueso, que los llevó a través del bosque y después por el camino de coches. Pocos metros más allá se detuvo y se metió entre los árboles otra vez. Entonces Bob oyó que daba un fuerte y prolongado ladrido. Se lanzó detrás de unos matorrales y allí encontró a Paddy O'Darrell atado con una cuerda alrededor del cuerpo y una mordaza en la boca.

Bob se apresuró a quitarle la mordaza y a desatar la cuerda, y Paddy pudo al fin ponerse en pie, respirando con satisfacción.

Paddy explicó todo lo más brevemente que pudo lo que le había sucedido, y lo mismo hizo Bob, que confió al policía lo que había visto. Este tomaba notas sin cesar en su carnet.

—¡Oiga usted, guardia! —dijo Paddy—. Usted puede convencerse por sí mismo de que esta finca está rodeada de misterio y creo que debemos esclararlo.

—Sí; no me extrañaría nada que aquí pasase algo malo —respondió el policía—. Espero que no le haya sucedido nada a Mr. Barlow.

—¿Sabe usted algo acerca de ese señor? —preguntó el detective.

—Verá usted; yo sé más acerca de su hermano el que murió que de él. Este de ahora heredó esta posesión de su hermano, que vivió en ella toda su vida. Era un verdadero caballero, simpático y bondadoso.

—¿Y qué sabe del actual Mr. Barlow?

—Que es muy simpático también. Se conoce que les viene de familia —añadió el policía meneando la cabeza—. Vive solo, sale muy poco de casa y apenas recibe visitas.

—¿Y cómo se explica que las ventanas estén cerradas por dentro con barrotes? —preguntó Bob.

—Eso no se lo puedo decir a usted.

Paddy arrolló la cuerda en las manos y echó a andar hacia la casa; siguiéronle los otros y en seguida llegaron a ella. El detective inspeccionó las ventanas del piso bajo y convino con Bob en que era imposible entrar por ellas.

Pero vieron a un lado de la casa un árbol bastante pegado a la pared para ascender por él; subió Paddy por el tronco, pasando luego a una de las ramas, y desde allí echó una ojeada a toda la casa viendo cerca una ventana por la que penetraron los tres.

La habitación en donde entraron estaba llena de trastos viejos, lo que indicaba que la destinaban a trastera, pero vieron asomar por detrás de una pila de cajas las botas de un hombre y se encontraron con Mr. Barlow que yacía allí atado de pies y manos.

Desatáronle y para reanimarlo Paddy le dió a beber de un frasco que siempre llevaba consigo.

El policía estaba ansioso de interrogarle; pero Paddy se apresuró a explicar a Barlow quiénes eran y a preguntarle por qué se encontraba en aquel estado.

—Llega usted demasiado tarde Mr. Darrell —respondió Barlow—. Desde hace tiempo han asaltado esta casa varias veces, pero lo curioso es que nunca han robado nada; parecía como si los ladrones vinieran a buscar algo que no acababan de encontrar, y le llamaba a usted para que les tendiera un lazo y cogerlos. Cuando llegó su ayudante yo estaba de mal humor y lo despedí; pero no había pasado mucho tiempo, salieron dos hombres que debían de estar escondidos en casa desde por la noche, me ataron y me trajeron a esta habitación.

El detective escuchó por que le parecía oír como golpes; efectivamente, estaban aporreando en alguna parte de la casa.

Paddy miró a Bob. Se conoce que los dos hombres que has visto están realizando su trabajo. Lo mejor es que vayamos a sorprenderlos.

Salieron muy sigilosamente y al extremo del pasillo arrancaba una escalera; bajaron de puntillas por ella y desde allí vieron en una habitación, cuya puerta estaba abierta, a dos hombres que levantaban las tablas del suelo.

El detective se precipitó dentro de la habitación y cogió a uno de ellos; el ladrón, al verse sorprendido, levantó la barra, y hubiera dado un buen golpe con ella al detective a no haberse avalanzado Bob sobre él quitándosela de las manos.

El otro echó a correr; pero vióse detenido por el policía, cayendo los dos al suelo.

—¡El diablo me lleve! —exclamó el policía si éste no es Tweezer el criado que estuvo tantos años al servicio del otro Mr. Barlow.

—¿Y se puede saber qué hacéis vosotros en mi casa? —preguntó Mr. Barlow entrando en la habitación.

—Verá usted Mr. Barlow —dijo Tweezer viéndose ya perdido—. Durante los últimos años de Mr. Barlow supe que tenía escondida una gran cantidad de dinero dentro de esta casa y anoche mi amigo y yo nos escondimos aquí para buscar hoy ese tesoro; pero como no acabábamos de dar con ello lo maniatamos a usted con objeto de levantar las tablas

del suelo y buscarlo con calma.

—¿Y por qué me atracasteis a mí? —preguntó Paddy.

Porque sabíamos que Mr. Barlow le había mandado a llamar, y temiendo que en cuanto usted llegase se acabase nuestro negocio, decidimos capturarle a usted antes de llegar a la casa.

—Pero para asegurar vuestro éxito necesitábais haber capturado también a mi ayudante —respondió el detective—. ¿Pero qué es esto? —añadió sacando una caja del agujero que los ladrones habían practicado en el suelo.

—¡Eso es lo que nosotros veníamos buscando: el tesoro de Mr. Barlow! —respondió Tweezer.

La caja, a juzgar por el peso, debía de contener una cantidad enorme de dinero, y Mr. Barlow se regocijó sobremanera de tal hallazgo, pues necesitaba gastar mucho en reparar y modernizar la casa.

No puede nadie imaginarse hombre más orgulloso y satisfecho que el policía cuando salió de la casa con los dos detenidos, con dirección a la Jefatura de Policía, donde se llevó él toda la gloria de la captura de los dos ladrones.

Pero ni a Paddy ni a Bob les importaba, después de haber llevado aquel asunto a tan feliz conclusión.





BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Que Dios te perdone! Pero te diré: he sabido que el Califa ha ordenado la abolición de los guardias, y que el que haga este oficio lo ahorcará. Yo me he llevado, al saber esto, un gran disgusto por el afecto que te profeso, y no sé cómo te las habrás arreglado.

—¡Bah! ¡Que maten a todos los guardias! Yo he dejado ya de serlo. Dios se ha compadecido de mí y he ganado con que vivir y algo más.

—¿Cómo ha sido ello? —preguntó el Califa.

—He hecho de alguacil de Juzgado —contestó Básım—. Pero guárdate de pronosticarme la vacación forzosa de los alguaciles, si no quieres que te rompa las muelas.

—¡Oh, no! No temas: todo ha concluido. Estaba escrito que habías de tener algunos días nefastos, pero que han pasado; sólo en la jornada de mañana tendrás aún un poquitín de tormento. Luego serás feliz y vivirás tranquilo, como nadie. Te contarás entre los grandes de la tierra, que dicen: «yo y nada más que yo», y así continuarás hasta tu muerte. Ahora bien: no te rebeles más contra los juicios del Señor.

Básım, al oír estas palabras, frunció el cejo y, con ojos desencajados y sanguinolentos, preguntó al Califa:

—¿Qué tormentos me esperan aún, idiota? Ya te he dicho muchas veces que no me hagas malos agüeros.

—Esto no es un mal presagio, sino por un momento, que pasará pronto.

—¿Pero dime qué sucederá? —insistió Básım—. Si mañana el Califa ordena la abolición de los alguaciles, ya ya lo sé y podré buscarme otro oficio desde por la mañana, porque hoy he hecho de alguacil y me ha ocurrido tal y tal cosa.

Y comenzó a contarles lo que le había ocurrido, desde el principio hasta el fin.

—Sigue haciendo de alguacil —le dijo el Califa.

Presentó el herrero a la comida y sus huéspedes se satisficieron; el dueño de la casa se dedicó a comer *haxix*, tanto que perdió la cabeza y no había quien lo resistiera en sus charlas y risas, que duraron hasta el amanecer. Los tres invitados partieron, dejándolo sólo.

—¡Por vida de tu cabeza, oh Príncipe de los Creyentes! dijo Cháfar—. Tuve miedo en algún momento de que este maldito llegase a golpearte y se volviese luego contra nosotros. Pero la treta que le has jugado es de las más famosas que pueden verse.

—El Señor es generoso —dijo el Califa—; démosle gracias por su bondad. Pero mañana voy a propinarle una buena paliza, y cuando por la tarde vengamos a su casa, veremos lo que pasará.

—Por Dios, Comendador de los Creyentes, si lo apaleas como dices y vamos a verlo por la tarde, nos golpeará hasta sacarnos los pecados del cuerpo y arrancarnos la piel a jirones.

—Es necesario, por mi vida, que yo le azote los pies de forma que no pueda ni andar, y que mañana por la noche lo veamos.

—¡Está bien! Tú azótale los pies, que él nos azotará todo el cuerpo.

—No quiero oír este lenguaje —repuso el Califa.

Regresaron a palacio y durmieron hasta que se hizo de día. Levantóse el Sultán, rezó la oración de la mañana y mandó llamar a Cháfar. Después que éste vino, se reunieron también los altos dignatarios y los miembros del gobierno. El Califa dijo entonces a Cháfar:

—Visir, te mando que hagas venir a todos los jueces, acompañados de sus alguaciles. Hazles saber que les ofrezco una comida a todos reunidos.

Inmediatamente, Cháfar informó a los tribunales, notificando a todos y cada uno de los jueces, para que se presentasen con sus alguaciles. Con rapidez se extendió la noticia

de que el Príncipe de los Creyentes iba a ofrecerles un banquete. Los jueces y sus alguaciles se prepararon a acudir a la cita.

Básım, desde muy temprano, se había apartado de la puerta del tribunal supremo, donde notó gran movimiento; preguntó qué pasaba y le contaron la orden del Califa. Se puso a dar saltos de alegría, diciendo:

«Iré con ellos a llenar la andorga: ¿quién me conoce?» Y se deslizó con disimulo en medio de los demás. El séquito de cada juez creía que Básım era de otro y nadie le dijo una palabra. Todos se pusieron en marcha, con movimiento acompasado, hacia el palacio. Después que hubieron entrado, el Califa mandó cerrar la puerta.

En seguida llamó al juez de mayor categoría, que era el juez militar y le dijo:

—¡Oh, juez!

—¡A tus órdenes, Príncipe de los Creyentes! —le respondió, levantándose.

—Ha llegado hasta mí una desagradable noticia de la cual tú serás responsable.

—Esperemos que sea buena, oh, nuestro señor el Califa.

—Hay un individuo en Bagdad —continuó diciendo el Sultán— que es alguacil de un juzgado y desvalija a todo el mundo a ojos vistos, sin perdonar a grande ni a chico; percibe sus emolumentos mucho más elevados de lo que debiera. Yo deseo saber a la oficina de qué juez pertenece y si obra por su propio impulso o si su jefe se lo ha mandado.

El juez superior, dirigiéndose a la reunión, exclamó:

—Ya habéis oído, sabios y jueces del Islam, lo que ha ordenado el Príncipe de los Creyentes.

—Lo hemos oído —respondieron todos a una—, y obedeceremos mil veces a nuestro dueño y señor.

Y llamaron a los alguaciles, a quienes hicieron pasar uno a uno por delante del Califa, que les preguntaba:

—¿De quién dependes tú?

—Del juez tal —respondía el alguacil.

—¿Conoces a este hombre? —preguntaba al juez.

—Sí —contestaba éste— lo conozco personalmente, así como a su familia.

—¿Cómo se llama?

—Fulano, hijo de mengano.

—¿Y desde cuándo es alguacil?

—Desde tal fecha.

—¡Está muy bien!

Y así continuó hasta que le llegó la vez a Básım.

—¿De qué juez dependes tú? —le preguntó el Califa.

—Yo soy alguacil —replicó el herrero.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—Se llama Izrail, hijo de Mal, hijo de Sangre, hijo de diversos Dolores; desempeña las funciones de juez en el tribunal de las Calamidades, que está en la calle de la Separación, cerca del mercado de los Piojosos, de la corporación de los Mendigos, en el callejón de la nada.

El Califa se echó a reír; pero hizo como que no entendió el sentido de las palabras de Básım, y le dijo:

—No he comprendido lo que quieres decir. ¿Quién es este juez Izrail? En mi vida he oído nombrarlo entre los jueces de Bagdad.

—Pues hay un juez que se llama Izrail —insistió Básım—, y si no lo crees, envíame a su casa y yo lo traeré en seguida a tu presencia.

—¡No, querido; no! ¡Nada de eso, maldito! Lo que tú pretendes es salir de mi presencia y escabullirte. No soy yo hombre que se deje engañar tan fácilmente. Es necesario que me digas quién es tu jefe y yo le preguntaré después. Así veré si tú eres un embustero o verdaderamente eres alguacil.

(Continuará en el número próximo.)



LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

La seguridad de encontrarse ya casi en el término de su viaje aumentaba en ellos a cada momento. Observando las aguas, encontraban sobrenadando en ellas frecuentes grupos de algas, arrancadas de las orillas del golfo y llevadas allá por las mareas, y además muchos trozos de madera, corchos de los que usan los pescadores, y, por último, cajas de lata, que al chocar con la balsa producían extraños ruidos.

¡Sí; la desembocadura del canal no debía estar muy lejos; al menos esta era la convicción de los exploradores.

Habría transcurrido un cuarto de hora de navegación, cuando los oídos de Vicente fueron impresionados por un sordo estruendo que procedía de la parte del canal que dejaban tras sí.

—¿Qué será eso? —preguntó con ansiedad—. Cualquiera diría que en el subsuelo ha ocurrido cualquier hundimiento o alguna formidable explosión.

—¿Alguna sacudida sísmica? —dijo el doctor.

—¿Habrá estallado el volcán?

—¿Quién sabe qué habrá sido?

—¡Caramba! ¡Otro zambombazo!

—Yo también lo he oído, Vicente.

—Esto ya me va inquietando, doctor.

—Yo tampoco estoy tranquilo.

—¿Nos sucederá alguna catástrofe, ahora que estamos próximos a salir del canal?

—¿Quién sabe! ¡Confíemos en Dios, Vicente!

En aquel momento se oyó otro estruendo en las capas subterráneas, aún más fuerte que los anteriores, seguido de una explosión lejana.

Algunos trozos de roca, desprendiéndose de las bóvedas del canal, cayeron en el agua levantando pequeños oleajes.

Los cuatro exploradores se miraron con espanto.

—Corremos el riesgo de quedar aquí estrellados —dijo Vicente.

—¿Queréis que os dé un consejo? —preguntó el doctor.

—Hablad, señor Bandi.

—Volvámonos otra vez atrás, sin pérdida de tiempo.

—¿Y adónde iremos?

—A buscar un refugio en el barco viejo. Temo que sobrevenga algún temblor de tierra.

—¿Y estaremos seguros allí?

—¡Tonto! ¿Acaso no tenemos la bodega? Aunque sólo sea el puente ya nos defiende contra los bloques que nos puedan caer encima —dijo Vicente.

—¡Vamos, amigos! —dijo el doctor—. No perdamos tiempo.

Los cuatro exploradores se aferraron a los remos y dieron la vuelta, emprendiendo la marcha precipitadamente.

Los estruendos seguían produciéndose, corriendo de levante a poniente, y de la bóveda caían con frecuencia trozos de roca y fragmentos del cemento empleado en ella.

Algunos, afortunadamente pequeños, habían caído sobre la balsa.

Ya comenzaban a vislumbrar la enorme mole de la galera cuando un trueno más formidable que los anteriores sacudió de un modo terrible las paredes del canal, agrietándolas por varios lugares. Una oleada espumosa, producida por los escombros, embistió a la balsa dejándola medio deshecha y hundiéndose en el agua a Miguel y a Roberto.

—¡Por cien millones de merluzas! —gritó Vicente, sujetando al doctor que estuvo a punto de seguir la misma suerte que sus compañeros—. ¿Nos vamos a ahogar todos?

Cogió un remo y lo alargó hacia el agua, gritando a sus compañeros:

—¡Agarraos!

—No hace falta —dijeron los dos pescadores—. Seguiremos nadando hasta llegar al barco.

Miguel encontró una cuerda que pendía del castillo de proa y se asió a ella, gritando a su compañero:

—¡Ven aquí, Roberto! ¡Subamos en seguida!

Después, reuniendo sus fuerzas, se puso a gatear con sorprendente agilidad. En menos de tres segundos se había encaramado sobre la borda.

La balsa, en tanto, vivamente balanceada por el oleaje llegó junto a la vieja galera.

—¡Eh, Miguel, echa una cuerda! —gritaba Vicente, al mismo tiempo que cogía algunas botellas y los víveres.

—¡Ahora va, patrón!

En el puente de la nave no faltaban felizmente las cuerdas. Con unas cuantas cuchilladas cortó una y la largó diestramente a su patrón, que la recogió en el aire.

—¡Subid, doctor! —dijo Vicente.

—¡Dadme una lámpara! —respondió el señor Bandi.

Iba a obedecer Vicente cuando otra oleada, mucho más grande que la primera, se precipitó sobre la balsa. Apenas tuvo tiempo de agarrarse al doctor que ya tenía sujeta la cuerda. La balsa se escapó de entre sus pies y desapareció por las tenebrosas aguas de la galería.

—¡Estamos perdidos! —gritó.

—¡Doctor! ¡Patrón! —gritaron Miguel y Roberto con angustia—. ¿Dónde estáis?

—¡Estamos colgados de la cuerda! —dijo el señor Bandi—. ¡Tenedla bien sujeta!

—¿Y la balsa?

—Ha desaparecido —contestó Vicente.

—No importa —agregó el señor Bandi—. Más tarde pensaremos en buscarla.

—¡Estamos sin lámpara, doctor!

—No nos faltará leña. ¡Ea, de prisa, Vicente, sube!

—¡Subid vos primero.

El doctor se agarró a la cuerda, y, aunque el agua hacía pesados sus vestidos y no estaba muy acostumbrado a tales maniobras, pronto llegó al puente de la galera.

Vicente no tardó en reunirsele.

—¡A la bodega! —exclamó el doctor.

—¡Esperad, señor Bandi —dijo Vicente—. ¿Oís?

Unos rugidos espantosos se oían salir del canal. Parecía como si una inmensa oleada fuese avanzando por él, destruyendo cuanto hallaba a su paso.

—¿Qué será eso? —dijeron Roberto y Miguel palideciendo.

—Es una ola que sube —dijo Vicente—. No me equivoco.

—¿Se habrá desplomado la bóveda de la galería —dijo Miguel.

—¡Atención! —gritó Vicente.

Los rugidos se acercaban con espantosa velocidad. Los tres pescadores y el mismo doctor, horrorizados ante el peligro que les amenazaba, y cuyo fin no podían calcular, se acurrucaron instintivamente detrás de un ancla, agarrándose a ella con las fuerzas de la desesperación.

—¡Tengo miedo, doctor! —dijo Roberto.

—No te abandonaremos. ¡Animo, amigos! —exclamó el doctor.

Un instante después un torbellino de agua se precipitaba con mil mugidos ensordecedores sobre la vieja galera.

Esta, levantada con violencia del banco de arena en que reposaba desde hacía tantos siglos, osciló espantosamente, irguiéndose de proa como un caballo que se encabrita aguijado por el jinete, y después cayó sobre las aguas con estruendosa caída.

Durante algunos segundos, arrastrada por el agua, rodó y cabeceó. Después chocó violentamente contra una de las paredes, rompiéndose uno de los castillos.

—¿Nos hundimos? —gritó Miguel.

—¡Sí; por poco nos hundimos —dijo Vicente—. ¡Doctor, encendamos fuego, si no estamos perdidos!

—¡Buscad cuerdas alquitranadas! —respondió el señor Bandi.

(Continuará en el número próximo.)



EL POLLITO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Estando paseándose un día por el bosque un pollito muy orondo y pipilindero, vino una nuez a caer sobre su cabeza.

Asustado y entristecido corrió hacia su gallina y le dijo: «¡Ay, gallina mía! Me parece que el bosque va a desplomarse.» «¿Quién te ha dicho eso, pollito?» «Nadie me lo ha dicho, sino que parece se desplomó sobre mi cabecita.» «Pues huyamos entonces.» Y pollito y gallina corrieron desafortunadamente alejándose del peligro que preveía el pollito. Fueron entonces donde el gallo estaba, y le dijo la gallina: «¡Ay gallo pallo!, el bosque se viene abajo.» «¿Quién te lo ha dicho a ti, pollito?» «Nadie, sino que cayó en mi cabecita.» «Corramos entonces», repuso el gallo. Y fueron en busca de la pata, y la

dijo el gallo: «¡Ay patita latital, el bosque va a derrumbarse.» «¿Quién te lo ha dicho, gallo pallo?» «La gallina pallina.» «¿Y quién te lo ha dicho a ti, gallina pallina.» «El pollito.» «¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Pues corramos entonces», dijo la patita, y fué

volando, más que corriendo, hacia la gansa. «¡Ay gansa pansa, que el bosque se cae!» «¿Quién te lo ha dicho, gansa pansa?» «La patita latita.» «¿Quién te lo ha dicho, patita latita?» «El gallo pallo.»

«¿Quién te lo ha dicho, gallo pallo?» «La gallina pallina.»

«¿Quién te lo ha dicho, gallina pallina?» «El pollito.» «¿Quién

te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr», dijo la gansa, y corrió hasta

llegar junto al ganso. «¡Ay ganso manso, que el bosque cae!» «¿Quién te lo ha dicho, gansa mansa?»

«La patita latita.» «¿Quién te lo ha dicho, patita latita?» «El gallo pallo.» «¿Quién te lo ha dicho, gallo pallo?» «La gallina pallina.»

«¿Quién te lo ha dicho, gallina pallina?» «El pollito.» «¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.» «Vamos a correr entonces», dijo el ganso, y salieron todos corriendo hasta salir al bosque, yendo el ganso delante y el pollito detrás. En el camino tropezaron con un zorro, y le dijo el ganso: «¡Ay zorro morro, que el bosque se cae!»



AVGUTO

so panso? «La gansa mansa.»

«¿Quién te lo ha dicho, gansa mansa?» «La patita latita.»

«¿Quién te lo ha dicho, patita latita?» «El gallo pallo.»

«¿Quién te lo ha dicho, gallo pallo?» «La gallina pallina.»

«¿Quién te lo ha dicho, gallina pallina?» «El pollito.»

«¿Quién te lo ha dicho, pollito?» «Nadie, sino que me cayó en mi cabecita.»

«Corramos entonces», dijo el zorro. Pero a poco hizo observar éste: «Voy a ver si estáis todos reunidos. Yo, zorro morro, uno; tú, ganso panso, dos; tú, gansa mansa, tres; tú, patita latita, cuatro; tú, gallo pallo, cinco; tú, gallina pallina, seis, y tú, pollito, siete, que no puedes andar al par de los demás, voy a llevarte conmigo.» Y diciendo esto, cogióle entre sus dientes y se le echó sobre sus lomos, gritando: «Corramos todos». Pasado un poco tiempo dijo de nuevo: «Veamos si están todos aquí. Yo, zorro morro, uno; tú, ganso panso, dos; tú, gansa mansa, tres; tú, patita latita, cuatro; tú, gallo pallo, cinco; tú, gallina pallina, seis. Pero viendo que la gallina se quedaba atrás, repitió las palabras que dijo al pollito, y echándola también sobre sus lomos, repitió: «Sigamos corriendo».

«Sigamos corriendo».

Por tercera vez la plugo hacer la misma operación.

Y tomando después al gallo pallo en primer término, la patita latita después, y a la gansa mansa, y, por último, al ganso manso entre sus dientes, se los fué echando sobre sus lomos y corrió velozmente con ellos hacia su madriguera, donde, después de destrozarlos, se dió un gran banquete, proporcionándoselo también a sus hijuelos.

Razón tenía el pollito al decir que el bosque se desplomaba.

¡Cuántas veces por huir de un peligro imaginario, nos metemos en otro real!

LAS MANOS CORTADAS

CUENTO DE CALLEJA

Un sultán que intentaba abolir la mendicidad hizo anunciar a sus súbditos que cortaría las manos al que diera limosna.

Todos los súbditos, temerosos, se abstuvieron de darla, y los mendigos emigraron de aquel país.

Después de algún tiempo, se presentó en la ciudad un pobre desconocido, recorrió sus calles y se paró a la puerta de la casa de una mujer joven.

—Dame algo de comer —le suplicó; el hambre me devora.

—Es que... —balbuceó la mujer.

—No me rechaces —insistió—, como hace todo el mundo; te lo pido en nombre de Dios.

Al oír que le pedía una limosna en nombre de Dios, la mujer se compadeció y le dio dos panes.

Llegó la noticia a oídos del sultán, que hizo llevar a la culpable a su presencia, y, sin mirarla siquiera, ordenó que le cortaran las manos.

Pasó el tiempo, y el sultán, hombre por demás impulsivo y ambicioso, encargó a su madre:

—Búscame una esposa que sea bella de rostro.

—Precisamente —contestó la sultana— conozco una mujer de incomparable hermosura, pero que tiene un gran defecto.

—¿Cuál? —preguntó el sultán.

—No tiene manos.

—No importa —dijo el sultán—; la quiero ver; tráemela.

Y apenas el sultán vió la cara de la mujer, se enamoró de ella y la desposó.

Esta mujer era la misma a quien él había mandado cortar las manos por haber dado limosna a un pobre.

La sultana favorita tuvo un hijo, y vivió feliz durante cierto tiempo.

Pero las otras mujeres del sultán, viéndose abandonadas, sintieron la espina de los celos y se pusieron de

acuerdo para perder a la favorecida rival; y tanta constancia pusieron en su propósito, que al fin el sultán tuvo la debilidad de creerlas. Ordenó que llevaran a la madre y al hijo al desierto y que fueran abandonados en la inmensidad de sus arenas.

Cuando se vió sola, la pobre mujer se puso a llorar, sin consuelo. Estaba acurrucada en tierra, y, levantando la cabeza, vió cerca de sí un río. Rápidamente, para calmar la sed que la abrasaba, se arrodilló, y, en el movimiento que hizo al bajar la cabeza, se le cayó al agua el niño, que llevaba cargado a las espaldas.

La infortunada madre, loca de dolor, quiso arrojar-

se al agua para coger su niño. En este momento, dos hombres aparecieron junto a ella, y uno le dijo:

—¿Qué vas a hacer, desgraciada? ¿Por qué tienes tal desolación?

—Mi hijo —respondió la infeliz mujer—, a quien tenía sobre la espalda, se me ha caído al río; no podré vivir sin él.

—¿Quieres que te lo traiga? —preguntó el hombre.

—¡Sí, sí! —dijo sollozando la desolada madre.

Y el desconocido se puso a hacer oración, y el niño salió del agua sano y salvo.

—¿Quieres —le dijo el otro hombre— que Dios te devuelva las manos?

—¡Oh, sí! —respondió emocionada.

—El hombre hizo oración con el otro, y la mujer se vió con dos manos todavía más hermosas que las primeras.

—¿Quiénes sois? —preguntó la pobre mujer agradecida.

Y respondieron:

—Somos los dos panes que tú diste al mendigo.

Dichas estas palabras, le entregaron otros dos panes, le mostraron en el horizonte otra ciudad rodeada de verdes prados y corpulentos árboles y desaparecieron.

Los panes estaban llenos de oro y piedras preciosas.

F I N





DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





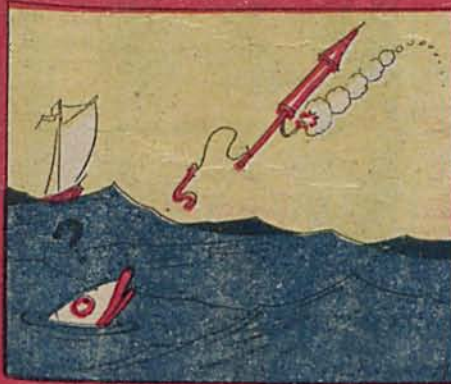
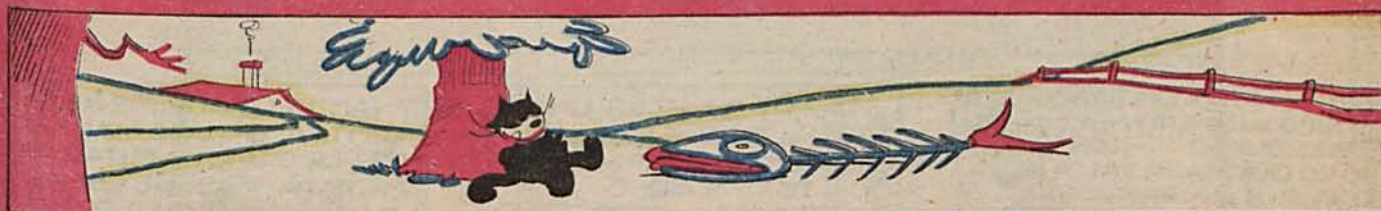
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

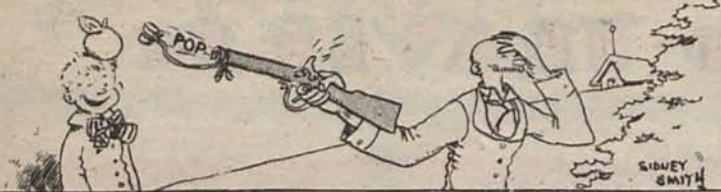


KATO



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA

HOY VOY A DAR UN BANQUETE A MI NIÑO Y QUIERO NUECES, BOMBONES, QUESO..... EN FIN, TODO LO QUE HAGA FALTA PARA UNA BUENA PAELLA.



¡TE VOY A HACER UNA TORTILLA DE NUECES Y CHORICITOS HELADOS QUE TE VAS A QUEDAR BIZCO!



¡ANDA, LO QUE ME HE ENCONTRADO! ¡UNA MANZANA! LE DARÉ LA MITAD A MI PAPÀ Y ASÍ SE ESMEZARÀ MÀS EN LA COMIDA



ESTE PEDAZO MÀS PEQUEÑO PARA MI PAPÀ, Y EL MÀS GRANDE PARA MI.



MIRA, POLITO; ESA MEDIA QUE ME OFRECES ES MUY PEQUEÑA



Y CUANDO SE OFRECE ALGO A UNA PERSONA DEBE UNO QUEDARSE CON LA PARTE MÀS PEQUEÑA.



VERÀS CUÀNTO NOS VAMOS A DIVERTIR HOY. YO ME VESTIRÈ DE CAMARERO Y TE SERVIRÈ LA COMIDA



ANDA, VETE AL COMEDOR QUE YO VOY A PONERME EL UNIFORME DE CAMARERO.



¿PUEDO SACAR LA COMIDA, SEÑORITO?



AQUÍ TIENE EL SEÑORITO LA PAELLA, LAS NATILLAS EL FLAN.....

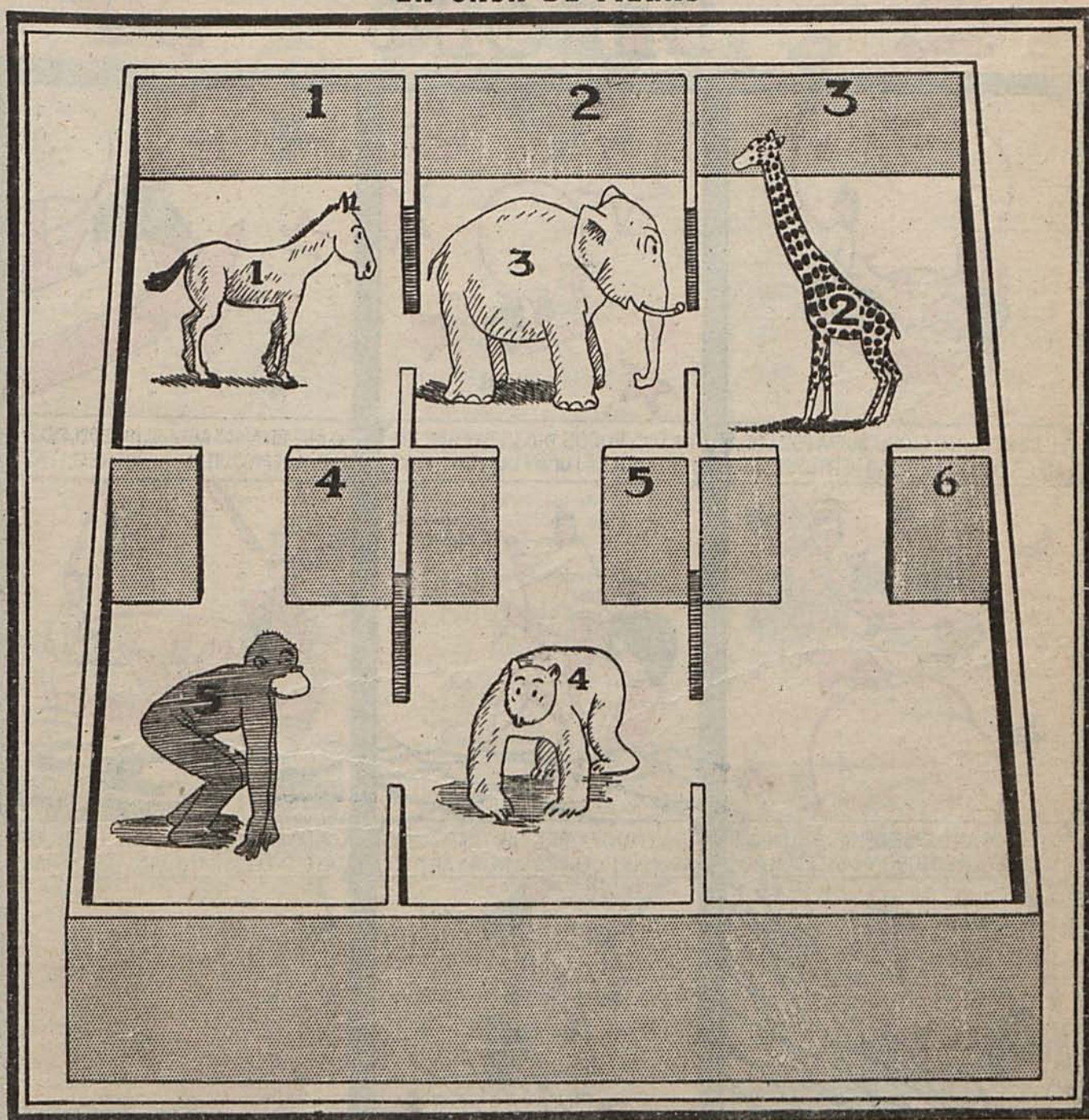


¡CUANTAS VECES TE VOY A DECIR QUE NO ECHES PELADURAS DE PLATANO AL SUELO! ¡SI NO LLEGO A CAER EN BLANDO ME ROMPO UN HUESO!



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LA CASA DE FIERAS



Este dibujo como veis representa seis celdas o cuadras de una casa de fieras. Una noche el guarda se quedó dormido, y los animales, libres de vigilancia, se pusieron a jugar al escondite y al dado. Cuando más entretenidos estaban en sus juegos se despertó el guarda, y los pobres animales, aterrorizados, se metieron atropelladamente cada uno en la celda que encontró más a mano.

Como veis, excepto el caballo, ningún animal se halla en su correspondiente celda. La jirafa está en la cuadra del elefante, y éste en la de la jirafa; el oso en la del mono, y éste en la del oso. Vuestra labor, pues, consiste en volver a colocar a cada animal en su respectivo sitio. La colocación la haréis moviendo todos los animales, incluso el caballo. Los movimientos son 16. En ningún momento puede haber dos animales en una misma cuadra. La cuadra núm. 6, que está vacía, sirve de apartadero.

En la solución indicaréis cómo habéis hecho los movimientos, por ejemplo: El primer animal que moví fué tal, y después tal o cual, y así sucesivamente hasta 16 movimientos.

ROMPECABEZAS



Aquí tenéis un rompecabezas que se le ha ocurrido a Potipán. No nos ha querido decir qué figura representa, y estamos locos, pues Morronguis dice que es un gallo, y Pirula está empeñada en que es un faisán; pero yo creo que los dos se equivocan. ¿Qué figura será?

LABERINTO



Este laberinto no es precisamente el de Creta, pero es tan complicado como el de la célebre isla mediterránea.

Como veis, tiene dos puertas, y vosotros tenéis que entrar por una y salir por la otra, después de dar una vueltocita por la pisdra que hay en el centro. Para que yo sepa cómo habéis entrado, lo indicaréis con lápiz azul o línea de puntos, y para ver cómo habéis salido, con lápiz rojo o línea de rayas.



TRISTÁN EL PILOTO



EL IMPROVISADO GLOBO SUBÍA POR LOS
AIRES CON VELOCIDAD VERTIGINOSA



Y A LOS POCOS DIAS ESTABAN EN-
TRE EL SOL LA LUNAY LAS ESTRELLAS



YA QUE ESTAMOS AQUI, DIJO PEÓN, NOS
LLEVAREMOS UN PAR DE ESTRELLITAS



TEMIENDO ALEJARSE DEMASIADO DIERON
LA VUELTA AL GLOBO Y DESCENDIERON



CAYENDO SOBRE LAS TRANQUILAS
AGUAS DEL OCEANO GLACIAL ÁRTICO



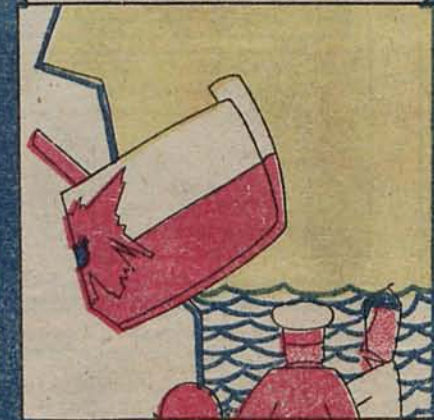
CON UN MOTOR ORIGINAL QUE HACÍA GIRAR
LAS ESTRELLAS NAVEGARON VARIOS DIAS



HASTA QUE SE PRECIPITARON POR
UNA PRONUNCIADÍSIMA PENDIENTE



YENDO A ESTRELLARSE CONTRA
UN ENORME TÊMPANO DE HIELO



EN EL QUE, POR LA VIOLENCIA DEL CHOQUE
SE QUEDÓ INCRUSTADA LA BARCA



PARA DESHACER AQUEL HELADO BLOQUE
PUSO TRISTÁN UN PUESTO DE REFRESCO



Y A FUERZA DE TOMAR HELADOS CON-
SUMIERON CASI TODA LA MONTAÑA



PUDIENDO REANUDAR SU INTERRUPTIDO
VIAJE HACIA LAS REGIONES POLARES

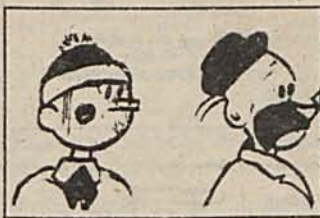
Castillo

COLABORACION PINOCHISTA

DIBUJOS



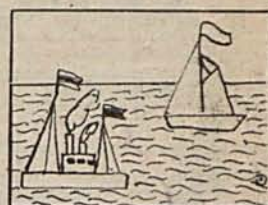
Un baño.
JESÚS ANTÓN.
Diez años. Madrid.



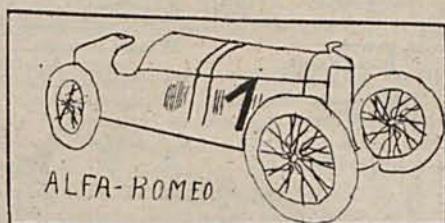
Mis amigos inseparables.



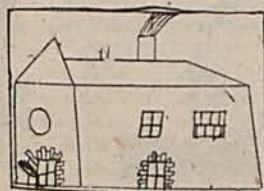
MANUEL G. MATOS.
Trece años. Plasencia.



En el mar.
MARIO F. MAZAS.
Siete años. Orense.



Un Alfa-Romeo, por J. H.



La casa de mi amigo.
LUIS M. IBARRI.
Diez años. Reinos.



Tres genios.
DANIEL LÓPEZ.
Once años. Madrid.



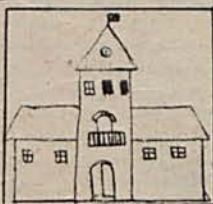
Un pájaro... de cuenta.
ARTURO LAPLANA.
Nueve años. Madrid.



Currinche, de etiqueta, y don Turulato, de niño.
RODRIGO UTRILLA.
Cinco años.



Pinocho y Pirula a caballo.
ISIDORO MINGUITO.
Diez años. Madrid.



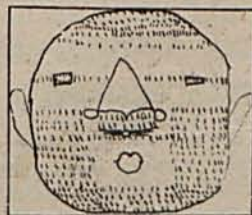
Casa de Roqueño.
FELIPE BUSTAMANTE.
Once años. Madrid.



Pinocho en Pegaso.
GILBERTO ARTURO LAVERGE.
Once años. Panamá.



Pinocho, malabarista.
LEONOR VELASCO.
Catorce años. Ceuta.



El hombre de los ojos rectangulares.
M. BUSTELOS.
Nueve años. Buenos Aires.



Un futbolista.
TONI.

CHISTES

¿Cuál es el nombre más pequeño?
Nicasí-a.

¿Por qué los cerdos llevan la cabeza baja?
Porque se avergüenzan de que su madre es una cochina.
MAGDALENA COLMO.
Doce años.

¿Cuál es el peor oficio?
El de afilador, porque se hace echando chispas.

¿Cuál es el colmo más pequeño?
Pues el Colmillo.
PRUDENCIO DEL DIEGO.
Trece años. Zaragoza.

¿En qué se parece la Basílica de San Pedro a una confitería?
En que tiene pio-nono.
CELESTINO DEL OLMO.
Nueve años.

¿Cuál es el colmo de un almirante?
¡...!
Bombardear una ciudad con la escuadra de un carpintero.

¿Cuál es el colmo de la oscuridad?
¡...!
Pegar un puñetazo a un negro en medio de un túnel y hacerle ver las estrellas.
ALFREDO MATEOS.
Seis años. Gijón.

El colmo de un sastre:
Ir a América para hacer americanas.
JOAQUÍN FERNÁNDEZ.
Siete años.

¿En qué se parece el brazo a una casa de muñecas?
¡...!
En que tiene muñeca.
NELSON CARVALHO DÍAZ.
Once años. Montevideo.

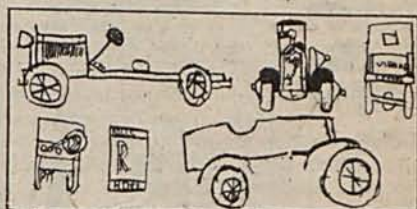
Un visitante en la cárcel:
¿Y usted por qué causa está preso aquí?
Porque las paredes son muy altas y los barrotes muy gruesos.

JOAQUÍN ZUGAZTI.
Doce años. Buenos Aires.

¿En qué se parece un inglés a un par de zapatos?
En que el inglés puede ser un par.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años.

¿En qué se parece una encuadración a una confitería?
En que tiene pastas.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.
11 años. La Magdalena (Soto del Barco).



Modelos.
JULIÁN SANZ.
Siete años. León.



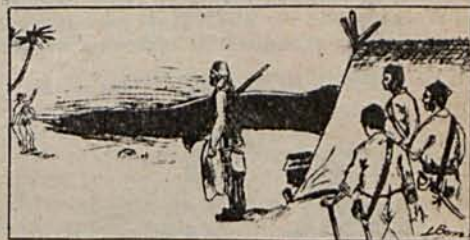
Pinocho en Holanda.
JOSÉ MUÑOZ-CUÉLLAR.
Ocho años. Madrid.



Tres tipos.
P. MUÑOZ.



Cervantes.
ANTONIO R. NARBONA.
Doce años.



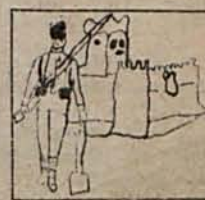
Panorama.
LUIS BONAL.
Catorce años. Madrid.



Pinocho, boxeador.
CARLOS J.
Once años. Buenos Aires.



S. CABEZAS.



Un soldado.
MANUEL NIETO MORENO.
Nueve años. Madrid.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



Media noche.
GILBERTO ARTURO LAVERGNE.
Doce años. Panamá.



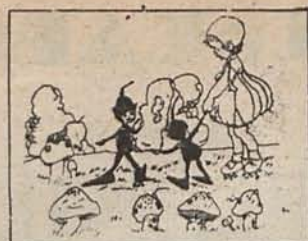
Los adelantos modernos.
ALBERTO DE MAGNA
Doce años. Madrid.



El «auto» de mi tío.
PEPA UTRILLA.
Ocho años. Albacete.



El que asó la manteca.
RAMÓN SALTO.
Once años. Madrid.



En el país de los gnomos.
CONCHITA ORIA.
Santander.



Pinocho, guardia de la puerta.
JOSÉ VALERO.
Trece años. Ceuta.

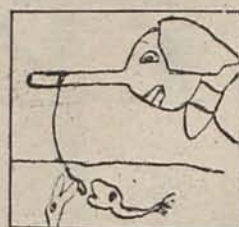


La casita de mi abuelo.
JOSÉ ORCHANDO.
Siete años. Madrid.

¿En qué se parece un equipo de foot-ball a una taberna?
En que en ambos hay medios.

¿Cuál es el colmo de un glotón?
Comerse una manzana de casas.

JOSÉ LUIS GASCA.
Once años. San Sebastián.



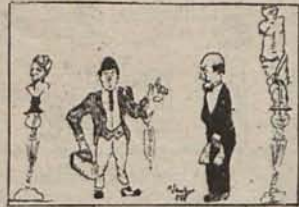
Pinocho, pescador.
JUANA VALDÉS.
Panamá.



Mi casita de campo.
LUISITO AGUILERA.
Cinco años. Barcelona.



Mi mejor amiga Pirula.
CARMEN CAMINO.
Madrid.



Un elegante en el Ritz.
PEDRO SANGRO.
Madrid.

¿En qué se parece una zarza a Marruecos?
En que tiene moras.

¿En qué se parece Avila a una carpintería?
En que tiene sierra.
ALVARO GARCÍA DE PRUNEDA.
Ocho años. Guadalajara.

¿Cuál es el colmo de un dentista?
Sacar las muelas a una bocacalle.

En casa de un dentista.

El paleta.—(Que ha visto un letrado que dice: Don Rufino Pérez, odontólogo.)
—¿Está don Rufino?
El criado.—No, señor.
El paleta.—¿Y don Tólogo?
ANTONIO VILDÓSOLA.
Trece años. San Sebastián.



Paisaje egipcio.
EROS FARANDELLO.—República Argentina.



Currinche y su cometa.
JESÚS GARGALLO.
Trece años. Zaragoza.



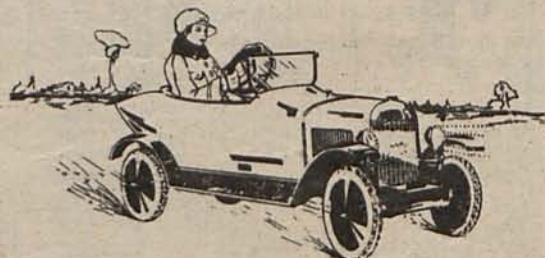
El correo de Alhucemas.
FEDERICO CARMONA.—Once años. Ceuta.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorras, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo níquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sorteo, y aquellos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera conocer, amigo buho, algunas noticias sobre la caza. Entre todas las diversiones me parece aquella una de las más agradables.

—El hombre es cruel!
—No lo es, querido buho. El hombre necesita de la caza, primeramente, para comer, después, claro, cuando no es para comer, para divertirse.

—Llevas razón. El origen de la caza es, de una parte, la necesidad, el hambre, y de otra, la precisión en que se vió el hombre primitivo de defenderse de animales feroces.

—No lo dudes.

El hombre cazaba y pescaba en un principio para comer. Fato, en épocas primitivas. Después, como es lógico, la caza dejó su carácter de necesidad perentoria para convertirse en distracción, en diversión.

—Una diversión un poco cruel, como has dicho.

—Muy cruel. En Palestina, en los tiempos a que se refiere el Antiguo Testamento, abundaba la caza. Los hebreos, más pastores que cazadores, no dejaban, sin embargo, de capturar animales con redes y trampas, con flechas y venablos. Mucho más cazadores que los hebreos eran los egipcios. Los cazadores de Egipto pertenecían a una subdivisión especial de la segunda casta, y se servían del arco y el venablo para cazar en los desiertos cercanos a la cuenca del Nilo. Gacelas, bueyes, carneros salvajes, ciervos, zorros, chacales y leopardos eran, principalmente, los animales que fácilmente podían encontrar los egipcios en su país, y para cazar aquéllos se servían de perros y, según parece, de leones amaestrados.

—¿Es posible?

—Sin duda alguna. Los potentados egipcios cazaban en cotos especiales, y en los últimos tiempos de la civilización egipcia perseguían a las fieras en carros tirados por caballos.

—Según me han dicho, los asirios y babilonios eran unos cazadores admirables.

—Y tan admirables, Chonón. Han sido los más grandes cazadores, sin duda alguna. En sus templos y palacios se representan fielmente escenas cinegéticas. Asirios y babilonios cazaban la liebre, la gacela, el onagro y, preferentemente, el león. Los reyes asirios establecieron grandes parques para animales de caza. Es probable que los persas tomaran de los asirios aquella costumbre. Ciro, según Herodoto, destinaba al sostenimiento de sus parques de caza los impuestos pagados por cuatro ciudades.

—¿Y los griegos?

—Los griegos también eran aficionados a la caza, hasta el punto que consideraron aquella como uno de los placeres favoritos de la divinidad. Llegaron a crear una literatura venatoria. Todos conocemos la *Cinegética*, de Jenofonte.

—Yo, no.

—Ya la conocerás. Una obra interesantísima. En ella se describe la caza de la liebre, la del jabalí, la del ciervo, la de leones, lince, panteras y osos.

—¿Y los romanos, fueron aficionados a la caza?

—En un principio, no tanto como los griegos. En un principio, los romanos ocupaban un territorio minúsculo y se hallaban, además, los romanos, atareadísimos con sus empresas guerreras. Luego, sí; luego fueron cazadores infatigables, cuando Roma llegó a su apogeo. Entonces importaron de Grecia los placeres cinegéticos y se pasaron por los perros y los caballos. La época de Augusto marca el apogeo de la caza, la cual disminuyó después, para dar paso a las *venaciones*, espectáculo de circo en que luchaban distintas fieras entre sí o con hombres. Pero las *venaciones*; que así disminuyeron el placer de la verdadera caza, originaron, en las colonias, enormes, infatigables cacerías con el fin de capturar vivas las fieras destinadas al circo. Es fabuloso el número de tigres y leones que ingresaron en Roma en aquella época. Los romanos tuvieron unos parques, llamados *vivaria*, en los cuales mantenían ciervos, jabalíes y otros animales de caza en un estado de semidomesticidad. Poca es, por otra parte, la literatura latina que se ocupa de los placeres cinegéticos. Virgilio y Horacio, aquél en sus *Geórgicas* y éste en sus *Odas*, nos hablan de la caza, pero sólo de pasada. Se conoce un poema de Gracilio Falisco, bastante mediano, inspirado en la *Cinegética*, de Jenofonte, y otro poema de Nemesiano.

—Creo que los pueblos llamados bárbaros eran también muy cazadores.

—Es verdad. Galos, francos y germanos cazaban la liebre, el bisonte, el alce, el caballo salvaje, el oso y el gamo. De los galos tomaron los romanos el galgo. Pero cuando la caza obtiene un carác-

ter original, inconfundible, es al establecerse en Europa el régimen feudal, después de la caída del Imperio romano. Entonces fué la caza el placer favorito de los señores. Era aquella, en todo momento, un engaño. Tenía el carácter de trampa: se utilizaban redes, empalizadas e infinidad de artimañas para cazar. Durante la Edad Media se generalizó extraordinariamente la persecución de animales de caza con perros y caballos unas veces, con aves de rapina amaestradas otras, y ambos procedimientos, la montería y la cetrería, obtuvieron un grado maravilloso de perfección. Entonces el derecho de cazar era exclusivo de los nobles, que desplegaban un extraordinario lujo en sus jaurías y sus halcones.

—¿Y no cazaban con escopetas?

—Aún no se había inventado la pólvora. Pero apenas apareció ésta comenzaron a aplicarla, primeramente, a la guerra; después, con la invención de los perdigones, a fines del siglo XVI, comienzan a generalizarse las armas de fuego para cazar. Desaparece entonces la cetrería y la montería fué muy limitada.

—Todo lo que me cuentas, querido buho, es de sumo interés. Además, noto que tienes una cultura formidable.

—Si un pájaro, como soy yo, no conociera perfectamente la historia de la caza, estaría perdido. Es naturalísimo que nosotros sepamos, mucho mejor que el hombre, los diferentes medios de que se han valido los cazadores de todos los tiempos para exterminarlos.

—Ahora comprendo.

—Menos mal.

—Y dime, querido buho, ¿es cierto que existen todavía ciertas tribus salvajes —o semisalvajes— que cazan como en las épocas primitivas?

—Algo hay de eso. Ahí están los bosquimanos del sur de África, cazadores empedernidos, capaces de seguir durante todo un día la pista de un antilope, al cual, llegada la ocasión, disparan flechas envenenadas. También los indígenas de Australia demuestran para la caza una tenacidad increíble: siguen las huellas de los distintos marsupiales; se untan el cuerpo con cieno para que los animales perseguidos no los olfateen; se cubren de ramas para acercarse, sin ser vistos, a la caza; acechan las aves acuáticas en lagos y ríos, metidos en agua hasta el cuello y cubierta la cabeza con unos juncos.

—¿Y qué armas usan?

—Se valen de lanzas arrojadizas.

—¿Nada más?

—También adiestran para la caza al dingo o perro indígena australiano.

—¿Y hay otros cazadores en la tierra?

—Muchos más. Los esquimales, por ejemplo. Cazan el reno, el buey almizclado, la marmota, la zorra polar, etc., auxiliados por los mismos perros que emplean para arrastrar los trineos.

—También usarán armas.

—Flechas, arcos...

—Parece increíble.

—Entre los pueblos nómadas del centro de Asia abundan los cazadores que se valen de trampas para cazar tigres y leopardos.

—Eso está bien.

—También emplean la cetrería para liebres, gacelas y otros animales.

—Como en la Edad Media, querido buho.

—Exactamente igual. Pero puede decirse que todos los pueblos incivilizados emplean como armas de caza el arco y la flecha. Los primitivos habitantes de las mesetas de Nuevo Méjico, Arizona y el Sur de Utah cazaban empleando aquellas armas. Aún hoy, los habitantes de la América tropical se valen de lanzas arrojadizas, de arcos y flechas envenenadas.

—¿Y qué cazan?

—Los animales del país: jabalíes, tapires, ciervos, monos, perezosos, capibaras, aguties, loros y palomas.

—¿Qué bellos animales!

—Más al Sur emplean un arma particularísima: los bolos. Los centros de la civilización precolombiana, el Imperio azteca y el de los incas eran territorios de caza. De ello dan testimonio las maravillosas obras de arte que sabían construir con las plumas coloreadas de las distintas aves cazadas, y las grandes cacerías que organizaba el gobierno de los incas para coger guanacos y vicuñas.

—Basta, querido buho. Hoy tienes muchas ganas de hablar.

—Hasta que te canses, desde luego.

—Pues ya estoy cansado.

—Punto en boca.

Fallo del Jurado del Concurso de chistes, dibujos, cuentos e historietas del mes de mayo, correspondiente a los núms. 63, 64, 65, 66 y 67 de PINOCHO

Pinocho ha mirado y remirado con hondo y vivísimo interés los chistes, los dibujos, los cuentos y las historietas publicados en los cinco números del mes de mayo, y, después de un examen detenidísimo, ha adjudicado los premios —consistentes éstos en un cuento de Calleja en colores y un gran diploma— a los siguientes pinochistas:

Dibujos.

Enrique C. Latorre, once años.—*Las autoridades de Pernambuco*. (Publicado en el número 65).

Carlos Pittaluga, nueve años.—*Berta Singerman*. (Publicado en el número 65).

Cuentos.

Nélida A. Sardá, once años.—*Flory la gitana*. (Publicado en el número 65).

Chistes ilustrados.

Miguel Muñoz, ocho años. (Publicado en el número 66).—*Maria Sanz Martínez*, once años. (Publicado en el número 66).

MENCIONES HONORÍFICAS

Pinocho, generoso como siempre, grande y magnánimo, ha decidido que los pino-

chistas que obtengan mención honorífica por sus bellos trabajos sean, a la vez, favorecidos con un estipendio y ejemplar diploma, en el cual aparecerá, junto a la cabeza del héroe de los muñecos, el nombre y los apellidos de los pinochistas mencionados. La lista de los favorecidos en el mes de mayo es la que sigue:

Dibujos.

Maribel Arijá (núm. 63), Eloisa Aragón (núm. 63), Rogelio Pérez (núm. 64), Lola Castaños (núm. 64), Miguel Pi (núm. 64), Eduardo Costero (núm. 65), Paulino Sandoz (núm. 65), Cuchita (núm. 67).

Cuentos.

Mariano del Freno (núm. 65), Silvino Mampoy (núm. 65), Víctor Fernández (núm. 64), José María Aguirre (núm. 64).

Chistes ilustrados.

B. Viba (núm. 66), Carlos Campos (núm. 66), Lolita Gómez (núm. 66), Simón Matos (núm. 66), Ernesto Arrondo (núm. 66), Carlos Cabrerías (núm. 66), Manuel Amigueti (núm. 66), Edmundo E. Blanchet (núm. 66), Mariano Urdiain (núm. 66).

LOS REGALOS DE AGOSTO

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de agosto, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Luis de la Vega Hazas. - Santander.
 Segundo premio. . 15 pesetas en libros, a D. Jesús Villarreal. - Durango (Méjico).
 Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a D. José A. Basagoiti Noriega. - Madrid.
 Cuarto premio. . . 5 pesetas en libros, a D. Juan Miguel Albisu. - Irún.
 Quinto premio. . . 3 pesetas en libros, a D. Joaquín Méndez. - Iriga (Filipinas).

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Conchita de Grandes.
 Sigüenza.—Favorecida con el primer premio del sorteo mensual para los suscritores correspondiente al mes de junio, consistente en 25 ptas. en metálico.



Francisco Chavarri.
 Madrid.—Premio 47 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores. Un lote de libros.



José Antonio Egulleta.
 Vitoria.—Cuarto premio del concurso de problemas correspondiente al mes de febrero. 10 pesetas en libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES.

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de, estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

Provincia

, se suscribe a

PINOCHO por ⁽¹⁾ { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2). }
 { UN SEMESTRE... } { diez pesetas (ó 12 pesetas) } remite a la Adminis-
 { UN TRIMESTRE.. } { cinco pesetas (ó 6 pesetas) } tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 ⁽³⁾, en ⁽⁴⁾ También remite 1,50 pesé-
 tas ⁽⁵⁾ para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos suscripciones a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año..... 23 pesetas.

Semestre..... 12 —

Trimestre..... 6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.

BALDOMERO Y DINAMITA



VOY A TENER QUE IRME DE LA GRANJA, SEÑORITA. YO NO TENGO VALOR PARA MARCAR A LAS VACAS CON ESE HIERRO CANDENTE.

PUES DISELO AL SEÑOR DINAMITA Y TE OCUPARÁ EN OTRA COSA QUE TE GUSTE MÁS.

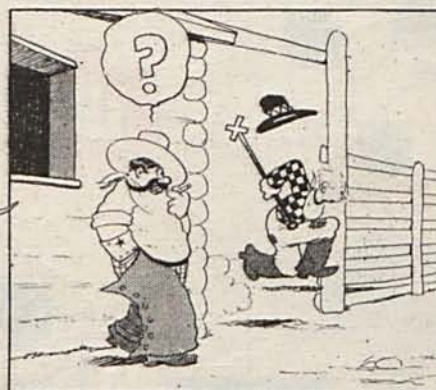
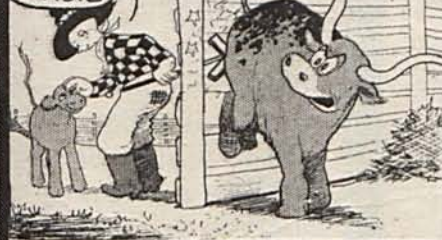
MIRE, SEÑOR DINAMITA, A MI ME FALTA VALOR PARA PONER EL HIERRO A LAS VACAS.

¿AH, SI? PUES TE OCUPARÉ EN OTRA COSA. SE LO VAS A PONER A LAS TERNERAS.

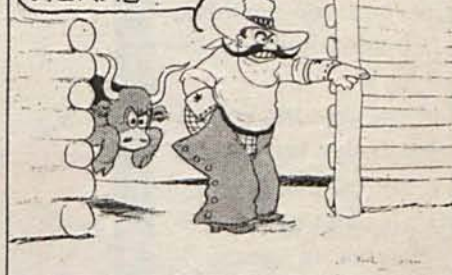
¡QUÉ MALOS SENTIMIENTOS TIENE ESE DINAMITA! ¡SI SE CREE QUE VOYA MARTIRIZAR A ESTOS POBRES ANIMALITOS, ESTÁ FRESCO!



NO TE ASUSTES, POBRE TERNERA, QUE VOY A ES-CONDER ESTE HIERRO AL ROJO DON-DE NO LO VEA NADIE.



¿DÓNDE VAS, BALDOMERO? ¿NO TE HE DICHO QUE PONGAS LA MARCA A LAS TERNERAS?



SI, SEÑOR. PERO ES QUE EL PAPA DE LAS TERNERAS NO ME DEJA.



¡ALLÁ VOY YO!



¡GRACIAS, SEÑOR DINAMITA! ¡YA ME VEIA COLGADO ENTRE LOS CUERNOS!

¡YA TE DIRÉ YO A TI, POR COBARDE!



¿DÓNDE HAS ES-CONDIDO EL HIERRO DE MARCAR? ¡PRONTO! ¡QUE LO NECESITO AHORA MISMO!



¡¡¡SOCORRO!!!



¿POR QUÉ PIDES SOCORRO, BALDOMERO?

NO SOY YO, ES EL SEÑOR DINAMITA QUE ESTÁ QUE ARDE.



Sección Pirula

COCOLÍN Y SU BAÚL

Cocolín está loca de alegría; su mamá le ha

comprado un baúl, reservado especialmente para ella y para su hermanito, el regordete Pompón.

Casualmente, lo que a Cocolín más le gusta del verano, no es el ir en el tren, ni el vivir en fonda, ni el bañarse en el mar, con ser estas tres cosas de su predilección particular; es... ayudar a mamá a hacer los baúles.

Ante sus súplicas, mamá, puesta ya en la resbaladiza pendiente de las concesiones, le ha otorgado el permiso de llenar su baúl ella sola.

Cocolín, apuradísima, introduce en su baúl todo lo que le cae a mano; amontona los calcetines con los sombreros, los juguetes con los vestidos, los pañuelos con los zapatos.

Encima de todo coloca un objeto algo insólito: es un viejo calentapiés en desuso, por el cual Cocolín conserva un agradecimiento conmovido desde cierto día de lluvia en que volvió a casa con los pies mojados, y el calentapiés, encendido para la circunstancia, la libró de un resfriado en ciernes.

Pompón, tan apacible, calmoso, prudente y grave, como Cocolín es atolondrada, revoltosa, temeraria y risueña, contempla boquiabierto de admiración los hercúleos trabajos de su señora hermana. Pero parece ser que esta no es la mejor manera de hacer baúles; así lo indica, momentos después, mamá, entre incomodada y sonriente, al rectificar, mejor dicho, al rehacer toda esta labor, ante Pompón estupefacto y Cocolín algo amoscada. Y ni que decir tiene que el viejo calentapiés ha vuelto a ocupar su sitio en el cuarto de los trastos. Con las alegrías del viaje, no tarda en quitarse a Cocolín el escozor de este primer desengaño; a la llegada al hotel la aguarda la alegría de abrir ella sola su baúl para colocar las ropas en el armario.

Solamente introduce en la cerradura la llavecita atada a una cinta azul, y cuya custodia le ha confiado mamá; levanta la tapa; todo está en orden, tal cual mamá lo colocó; encima de todo, aparece, intacto, el

sombrero de gala de Cocolín, con sus flores de *cyclamen*. Cocolín coge el sombrero y... ¡horror! ¿Qué ha sucedido? Muy sencillo: Cocolín no podía consolarse del abandono del calentapiés; para compensarlo se le ocurrió coger del botiquín de mamá cierto frasco de jarabe pectoral de dulcísimo sabor, casi tan infalible para curar la tos como el calentapiés para evitarla.

En un momento de descuido de mamá, Cocolín introdujo el frasco en su baúl. Se conoce que con los movimientos del tren el tapón se ha aflojado y el pegajoso líquido ha ido infiltrándose por entre las ropas. Así es que al coger el sombrero florido, cuelga de él una muñeca, a la cual va adherido un guante que a su vez arrastra un delantal... ¡Espantoso!

Ante la magnitud de la catástrofe, Pompón prorrumpe en un llanto desconsolador; pero su hermana le acalla en seguida:

—No grites, no oiga mamá y venga y nos regañe. No te apures, tonto. Esto lo arreglo yo con mucha agua.

Y como lo dice lo hace. Coge un montón de prendas del baúl y las mete en la ancha palangana del lavabo, apretando mucho para que quepa lo más posible; luego coge el jarro, más pesado que ella —y cuidado que Cocolín es pesada a veces—, se sube a una silla...

Y mamá, al entrar en el cuarto momentos después, está a punto de desmayarse del susto. El espectáculo no es para menos.

Cocolín, subida en una silla, vuelca el jarro de agua sobre la palangana llena de ropa y, principalmente, sobre su sombrero florido, con la delicadeza de un jardinero regando una maceta. El agua, desbordándose de la palangana, inunda ya el cuarto, y en un ángulo, Pompón, sentadito en el suelo y sorbiéndose las lágrimas —y lo que sea—, acaba de beberse las últimas gotas de jarabe pectoral contenido en una sandalia rusa.

Tengo entendido que le ha sido retirada a Cocolín la libre disposición de su baúl.

Tapete.—Este bonito y originalísimo tapete de mesa puede ejecutarse, mejor que bordado, con telas recortadas de varios colores, pegadas con un espunte a máquina sobre un fondo de bayeta amarilla.

Se perfilan los contornos con un punto de cordón, negro, que sirve, a la vez, para disimular los espuntes.

